

# La historia de la lengua francesa a la luz de la semiótica



**M. Bruña Cuevas**

*Universidad de Sevilla*

**F. J. Deco Prados**

*Universidad de Cádiz*

**M. A. Vázquez Medel**

*Universidad de Sevilla*

## 0. Introducción

Nuestro propósito en el presente trabajo es el de establecer una relación entre los estudios de historia de la lengua y la semiótica, considerando ésta desde la perspectiva postsaussureana de la transdiscursividad. Pretendemos afirmar que la antigua semiología debe encontrar un campo específico de definición y de aplicación al tiempo que indicará vías que puedan enriquecer el ámbito de los estudios diacrónicos de las lenguas. Hemos elegido la historia del francés únicamente por la cercanía docente e investigadora de los autores de la comunicación a este dominio. En un primer momento del trabajo se señalarán los cauces principales por los que ha discurrido la disciplina "historia de la lengua francesa" en nuestro siglo, lo que nos dará una visión indispensable para juzgar el estado de la cuestión y proponer, en un segundo tiempo, el entronque de estos estudios en el seno de una semiótica transdiscursiva, desde lo realizado y lo que está por realizar.

## 1. Historia de la "historia de la lengua francesa"

Tradicionalmente se han venido separando los conceptos de "Gramática histórica" y de "historia de la lengua". La primera disciplina se ha ocupado de la descripción del sistema de la lengua en su evolución (interna) y la segunda de la historia de la lengua considerada no sólo como sistema de signos sino también como institución social (esto es: en su dimensión contextual y pragmática). Utilizando las definiciones de Gérald Antoine, el último continuador de Brunot, el primero de estos dos ámbitos consistiría en "el análisis de las estructuras lingüísticas" en el marco de una cronología de pasos y el segundo en el estudio del "devenir de una colectividad y de los medios que ésta utiliza para expresarse" (Antoine, 1981: 150). Debemos señalar, por otra parte, que por lo general, el estudio "histórico-lingüístico" ha incluido hasta la fecha el "gramático-histórico" y lo ha transcendido al enmarcarlo en una perspectiva más amplia.

El estudio histórico de la lengua francesa comienza en el siglo XVI y continúa durante los siglos del clasicismo. Precisamente cuando comienza a superarse la noción estática del esencialismo histórico. Pero en este período, de acuerdo con las afirmaciones de Stéfanini (1971: 8), una gramática histórica basada en presupuestos fiables no fue posible debido, entre otros factores, a la falta de claridad en la misma concepción de evolución. Habría que esperar a la plena constitución de los presupuestos de la modernidad y el paradigma científico basado en la investigación experimental y empírica.

Podemos considerar la obra de Friedrich Diez, quien retoma los métodos de Grimm, a mediados del siglo XIX, como el verdadero origen de la gramática comparada e histórica de las lenguas romances. Tras el trabajo de Diez, vendrán los estudios de los neogramáticos que hacen de la lingüística la ciencia humana por excelencia al final del siglo XIX (*vide* Stéfanini, 1971: 11). El esquema histórico de estos investigadores será recogido por Meyer-Lübke (1890-1902 y 1918-1921) en su *Gramática de las lenguas románicas* y en su *Gramática histórica del francés*.

Mas el fundador de la disciplina "historia de la lengua francesa" fue Ferdinand Brunot<sup>1</sup> con su monumental *Histoire de la langue française*, cuyo primer volumen apareció en 1905. Partiendo de una formación positivista, Brunot superó los esquemas neogramáticos para emprender una renovación muy importante en el ámbito de la lingüística histórica. Brunot declaraba en el prefacio al primer volumen de su obra<sup>2</sup> que su labor consistiría en hacer una historia interna del francés al tiempo que el relato de su historia externa, conceptos ya establecidos en su época, que él vuelve a definir como, en el primer caso, el análisis del "proceso evolutivo que, desde la lengua del legionario, del colono o del esclavo romano, ha sufrido la lengua hablada hoy por el habitante del barrio, de la periferia de la ciudad o escrita por el académico" y, en el segundo, como la exposición de la historia de "todos los éxitos y todos los fracasos de esta lengua" y de "su expansión fuera de sus fronteras originales". (Brunot, 1966-79, I: V). Esta distinción merece un comentario ya que los conceptos perviven a lo largo del siglo en la práctica -también docente- de la disciplina y en general en la ciencia lingüística. Según Brunot, lo externo coincide con la expansión progresiva del francés. Lo interno, que, como hemos visto, apenas queda definido en sus declaraciones, recubre el resto de su quehacer. Debemos acotarlo deductivamente como el dominio de la evolución de la lengua y de los factores sociales que provocan o acompañan esta evolución. Es preciso hacer notar que esta distinción entre interno y externo no coincide en absoluto con la realizada por Saussure en su *Curso* (Saussure, 1980: 48-51) y que será la que de algún modo do-

1 Anteriormente se habían realizado "gramáticas históricas" del francés, entre las que destacamos su propio *Precis de grammaire historique*, de 1887 (Brunot-Bruncau, 1969) y la de Darmesteter (1890-97). La distinción historia interna/historia externa aparece ya explícitamente en esta última obra con un significado totalmente diferente al de Brunot. Lo externo es considerado como el estudio del paso del latín al francés, es decir, la historia de algún modo "ajena" hasta la formación del *francien* y de los distintos dialectos (mientras que para Brunot hay una historia, la del francés -historia interna y externa-, que comienza en el latín). Lo interno, luego, para Darmesteter es esencialmente una mera descripción "gramatical" desde el francés ya constituido.

Contemporáneamente a la producción de Brunot, aparece la *Grammaire historique de la langue française de Nyrop* (1899-1930), obra fundamental en el terreno de la "gramática histórica".

Al igual que la *Histoire* de Brunot, en algunos puntos ha envejecido mucho (sobre todo en la parte fonética), pero sigue siendo una de las obras de referencia.

2 Reproduce en el prefacio palabras pronunciadas realmente en una conferencia de 1901.

mine en las concepciones de la lingüística durante gran parte de nuestro siglo: el “elemento externo de la lengua” para Saussure es todo lo que tiene que ver con la etnología, la historia política, las instituciones, la literatura y la expansión geográfica de una comunidad lingüística. Brunot considera como externo sólo este último punto, el de la expansión. En sus explicaciones sobre la evolución de la lengua, es decir, en el estudio de los elementos internos, la consideración de los demás factores señalados por Saussure se teje de forma indispensablemente complementaria a las descripciones gramaticales.

En efecto, la concepción de la lengua de Brunot no coincide en absoluto con la de Saussure. Aquél, a través de su práctica, negaba absolutamente la homogeneidad de la *langue* saussureana justamente al incluir en su estudio todo lo relativo a las variedades funcionales -en el sentido de Coseriu- de ésta, al considerar como esencial el análisis de la sociedad. Y, por último, al pensar la lengua como inseparable del factor tiempo, incluso en cortes sincrónicos precisos.

Brunot sienta las bases, como decíamos, de lo que será la disciplina “historia de la lengua francesa” durante nuestro siglo. Su gran aportación consiste justamente en haber otorgado a la consideración de la vida general de la colectividad a través de su historia el peso determinante en la explicación de la evolución de la lengua. Desde este punto de vista, podemos afirmar que el trabajo de Brunot es el de un sociolingüista. Su obra, como veremos, será determinante para los estudios posteriores realizados en este sentido.

Es necesario hacer ahora algunas aclaraciones sobre la metodología y el esquema de pensamiento que sostenía la *Histoire*, como puntos de referencia para comparaciones y explicaciones posteriores.

Brunot no parte de un método previo perfectamente establecido para el conjunto de su *Histoire*. Se va adaptando al objeto de estudio. La importancia acordada a lo social alimenta a medida que avanza cronológicamente en el estudio del francés<sup>3</sup>, debido al hecho de que no se ve en la obligación, superado el Renacimiento, de describir estados de lengua muy distintos al actual y a que su visión de historiador y de lingüista se amplía progresivamente. Llegado el momento, Brunot podrá considerar expresamente su obra como una “filología sociológica” (Brunot, 1966-79, VII: 3).

Un aspecto fundamental que es preciso analizar para entender la concepción de la historia del francés de Brunot, se refiere al hilo conductor “ideológico” que subyace en su obra. Brunot, como decíamos, considera frente a Saussure la lengua como una variedad de usos. En cada uno de sus períodos, de sus estados, la lengua no es algo inmutable sino algo sometido al cambio continuo que ejercen en ella las distintas fuerzas, los distintos

---

3 En cuanto a la importante cuestión del esquema cronológico, de la periodización elegida por Brunot, en tanto que condicionante necesario de su exposición, es preciso señalar que el autor era consciente del ritmo durante de los distintos tipos de cambios lingüísticos, pero aun así, no dio el paso que esta toma de consciencia hubiera debido conllevar: la exposición de la evolución de la lengua según varios ejes temporales paralelos periodizados cada uno según distintas lógicas internas. Es cierto que nadie ha dado todavía ese paso y que esta exigencia técnica es difícilmente aplicable en la práctica. En cualquier caso, Brunot era un pionero que iba descubriendo y que aplicaba los esquemas que creía más acertados, heredados o creados por él mismo. Establece el autor los periodos según la coincidencia con siglos o hechos históricos relevantes -por ejemplo, guerra de los cien años, siglo XVI, reinado de Luis XIV, etc.- y, aunque hace patentes las conexiones de cada periodo con el precedente y el siguiente, dando a éstas un valor explicativo esencial, no obstante establece una separación neta entre las distintas épocas, entre los distintos estados de lengua, las distintas sincronías, si utilizamos la terminología saussureana.

condicionamientos socio-históricos. Esta concepción general próxima a la de la sociolingüística actual no debe ocultarnos el hecho de que, para Brunot, como se demuestra a través de su estudio, la lengua francesa es la de uno de sus grupos: la de la clase acomodada y/o culta. Sea por falta de datos relativos al uso de todas las clases sociales, sea por posición ideológica, "el francés" en cada época será el utilizado por dicho o dichos estamentos. El francés popular aparece en la *Histoire* sólo como un fondo que el trabajo de esas élites perfecciona. Y aquí apreciamos otra de las claves de la obra de Brunot: la observación de que este "francés" -repetimos, "el" francés, para el autor- se va perfeccionando. La lengua ha ido conociendo épocas de gloria y momentos oscuros, pero estos últimos son siempre vistos como épocas de crisis de las que el francés sale fortalecido gracias a un trabajo de búsqueda de un equilibrio más brillante que el anterior alcanzado gracias a la labor de una élite. Incluso ciertos individuos -véase el caso de Malherbe, ejemplo de la presión de los gramáticos, o el de otros literatos, que ilustran la presión del prestigio literario- pueden perfeccionar el francés. Evidentemente, tales planteamientos suponen una cierta axiologización prescriptiva de la naturaleza de la cultura y de la lengua francesa y de sus fases más positivas o más negativas.

Además, para Brunot, la lengua francesa es el reflejo de la historia de la comunidad que lo crea y que lo habla. El concepto del francés -concepto fundamental para el autor- es el genio de la raza (algo que tiene plenamente que ver con el ideal romántico del *Volkgeist*), sólo que ese genio y esa raza, tal como son descritos, se identifican con el de la lengua de las élites sociales o intelectuales de cada momento. Insistimos en que ello puede deberse en parte a la impresión que resulta de la falta de datos sobre la situación del francés hablado antes de la Revolución. Pero en todo caso, la identificación descrita se verifica a lo largo de la obra.

Con todo esto, no queremos negar el mérito de la obra de Brunot, inigualada o inexistente en otras lenguas. Repetimos que él es el creador de la historia de la lengua francesa en el sentido que hemos descrito: como "filología sociológica" evolutiva. Brunot murió dejando su obra inacabada. El tomo XI fue elaborado a partir de los manuscritos preparados por el autor. Charles Bruneau continuó la obra en un sentido muy distinto al proyecto brunotiano realizando dos nuevos volúmenes -que abarcan el período que va del Romanticismo al Parnaso- donde lo sociológico da paso al análisis estilístico-literario. Continuación ficticia, pues, ya que se abandonaban completamente los presupuestos originales. A la muerte de Charles Bruneau la obra seguía quedando inconclusa -y no sólo cronológicamente como hemos señalado-, a principios de los años cincuenta. Habrá que esperar a 1985 para que Antoine y Martin prosigan la obra, dirigiendo un equipo, con un espíritu de inspiración brunotiana. Se ha realizado un volumen hasta la fecha actual pero el proyecto sigue sin encontrar su culminación, aunque se trabaje en él (*vide infra*).

No fueron las deficiencias en la obra de Brunot las que provocaron la no continuación de su proyecto en su misma línea durante muchos años, sino la orientación general de la lingüística en gran parte de nuestro siglo. La fuerza arrolladora de la orientación sincrónico-estructural, basada fundamentalmente en estudios sobre la lengua contemporánea, hizo que la disciplina "historia de la lengua" pasara a un segundo plano. Aun así, no debe pensarse que las reflexiones sobre lingüística histórica fueran abandonadas, ni que la orientación creada por Brunot desapareciera. Sólo insistimos en la jerarquía que se establece durante un largo período del siglo si atendemos al volumen total de publicaciones lingüísticas.

Lo que ahora nos proponemos es trazar un panorama de las principales orientaciones en historia de la lengua francesa hasta el momento presente. Nos basaremos esencialmente en las obras de conjunto -es decir que pretenden abarcar *toda* la historia del francés- cuya orien-

tación es histórico-lingüística y no gramático-histórica. La mayoría de las historias del francés del siglo serán manuales que en absoluto pueden equipararse a la obra de Brunot. En muchos casos nos encontramos ante resúmenes de ésta o ante obras directamente inspiradas del quehacer de este autor. El margen de la originalidad o de la verdadera aportación es reducido, aunque, en efecto, estudios interesantes han sido elaborados. Son éstos los que retendrán, lógicamente, nuestra atención.

Debemos comenzar hablando de la corriente idealista que, en la estela de Humboldt y de Croce, inspira la obra de Vossler<sup>4</sup>. Opuesto a los principios positivistas de los neogramáticos y de sus continuadores sólo atentos a formular leyes empíricas, Vossler y la escuela idealista lingüística que representa buscarán ante todo mecanismos de tipo psicológico que supongan explicaciones causales de los hechos de lengua. La interdependencia socio-lingüística es sumamente estrecha gracias al concepto de "espíritu": cada pueblo tiene un cierto espíritu que se encuentra en la base de todas las manifestaciones sociales y que explica, al mismo tiempo, los hechos políticos y los lingüísticos, ya que ese espíritu se encarna en lo social que es el motor de unos y otros. Así, Vossler considera que, en el caso del francés, los momentos álgidos de la lengua -identificados necesariamente con los períodos literarios más importantes- coinciden siempre con momentos de brillantez política. Para el autor, el primer período clásico del francés coincide con la producción literaria que se dio en la segunda mitad del siglo XII y primera mitad del XIII durante los reinados expansivos de Luis VII y Felipe Augusto. El segundo clasicismo está representado por la literatura del XVII, durante la época que va de Richelieu a Luis XIV. Tanto en un período como en otro, será el espíritu de una clase cortesana, cuya lengua será la base de la lengua literaria, lo que hará que se alcance la perfección en el orden lingüístico de la vida social. Consecuentemente, los momentos de desorden social serán también momentos de desorden lingüístico y decadencia literaria: son los "romanticismos" del francés medio y del XIX. Dado que la lengua es vista además de en sus valores comunicativos -"carácter documental" del idioma-, en sus valores estéticos -"carácter monumental" de la lengua-, esos momentos álgidos de clasicismo serán los que hayan sabido equilibrar e incluso aunar estos dos caracteres. La periodización de Vossler sigue por tanto estas alternancias de equilibrios y desequilibrios entre los dos valores<sup>5</sup>. A este respecto hay que señalar que para Vossler, toda la época posterior al XVII es, en realidad, una continua sincronía. El modelo clásico del XVII se sigue manteniendo como base del francés a pesar de las tendencias "documentalistas", intactas en sus grandes líneas. Cada vez que ha habido desde el último clasicismo fuerzas "destructoras", de igual modo se ha producido una reacción en defensa del clasicismo. Incluso lo que él llama la "moda primitivista" en literatura, es decir, acercamiento a la lengua popular, es considerado como hecho marginal

4 En esta corriente debemos también situar por sus obras sobre aspectos de la historia del francés a E. Lerch.

5 Las grandes periodizaciones de Vossler responden al esquema que hemos descrito: primera época clásica (etapa preclásica: primera mitad del XII; etapa post clásica: segunda mitad del XIII), primera época romántica (guerra de los cien años, siglo XIV-XV), nueva época clásica (preclasicismo renacentista, clasicismo del XVII y etapa post-clásica del XVIII), romanticismo de principios del XIX. A partir de esta fecha el autor describe someramente el siglo en el que nace, a causa de la perspectiva temporal. De hecho, desde el XVIII el autor se limita a describir los peligros que amenazan las conquistas del clasicismo: no existe en Vossler la idea de perfección continua que observábamos en Brunot. Ahora, una vez alcanzado el clasicismo del XVII, sólo cabe esperar su mantenimiento o su destrucción.

gracias a la reacción de una burguesía que sigue apegada al modelo clásico. Obviamente, para el autor, contrariamente a Brunot y a otros historiadores, la ruptura del clasicismo es vista como una catástrofe.

En relación con lo dicho, hay que señalar que los epígrafes puramente históricos y los puramente lingüísticos de la obra están más íntimamente relacionados que en otras historias de la lengua, ya que en unos y otros se trata de descubrir cómo actúa el espíritu dominante de cada época y cómo se manifiesta en los distintos órdenes sociales y lingüísticos. Aprendemos así, por ejemplo, tras el capítulo de descripción de la sociedad burguesa mercantilista de los siglos XIV y XV, que sólo este espíritu mercantilista ha podido dar lugar a la aparición del partitivo. Con este tipo de explicaciones, se llega a una historia del francés llena de afirmaciones sorprendentes y brillantes, aunque estas hipótesis inverificables son difícilmente compatibles, antes que nada, si no se asumen los aprioris psicologizantes que los apoyan. Quizá lo que más resalta en su obra sea la afirmación constante de que hay un principio rector en la historia del idioma: que la evolución lingüística encuentra su explicación en hechos externos al sistema de la lengua: fonética, morfosintaxis y semántica en su evolución son explicadas por un principio único (el "espíritu" de cada época), lo que no se produce en otros historiadores. En este sentido, Vossler es el único lingüista que consigue tal uniformidad. Su periodización unilineal es coherente dentro de su sistema; mientras que la multilinealidad aceptada pero no practicada por Brunot suponía una evidente contradicción.

Paralelamente a la producción de Brunot, Nyrop, Vossler y Dauzat<sup>6</sup>, se desarrollaban en Europa la teoría y la práctica estructuralistas. Según Stéfanini (1971: 15 y ss.), en Francia, "la aparición de las teorías de Saussure no podían representar una ruptura brusca" con la tradición historicista y comparativista, ya que en el *Cours*, la dicotomía *langue/parole* suponía subrayar el carácter social de la lengua -con lo que cabría efectuar, según este autor, una relación de época con la obra de Brunot, relación, a nuestro entender, bastante forzada- y ya que la *distinción synchroniel diachronie* era en cualquier caso consubstancial al método comparativo, entre lenguas o entre distintas sincronías de una misma lengua. Los principios estructuralistas aplicados al estudio de la historia del francés darán sus frutos más destacados en la obra de Martinet y de Julliard y Haudricourt. Sin embargo, el éxito del estructuralismo en el dominio de la fonología sólo se extendió de forma muy relativa a los otros dominios lingüísticos.

Walter von Wartburg declaraba en el prefacio a la quinta edición de su *Évolution et structure de la langue française* (primera edición de 1934) que la fusión de la lingüística sincrónica y la diacrónica que ya se constituía como un hecho, había sido propuesta por él desde los años treinta.

La dicotomía temporal de Saussure fue de hecho superada bastante pronto. En efecto, como afirma Alicia Yllera (1983: 367), "el estudio estructural de la diacronía de las lenguas se constituyó gracias a la superación de la antinomia saussureana entre la sincronía y la diacronía, lo que se produjo mediante dos procedimientos: 1) analizando la funcionalidad de

6 A pesar de lo extenso de la producción de Dauzat en materia de lingüística histórica francesa, y si nos atenemos a su *Histoire* (1930), hemos de decir que se trata básicamente de una gramática histórica (aunque dedica una reducida parte a lo externo) -un tanto envejecida en algunos puntos- y que su inclusión entre las obras *principales* sobre "historia de la lengua", tal como esta disciplina ha quedado definida, ha sido descartada.

los cambios (Jakobson, etc.); 2) estableciendo cortes sincrónicos en las diferentes etapas de la historia de una lengua, susceptibles de ser analizadas sincrónicamente y considerando los cambios que se han producido entre estos períodos.”

Pero Wartburg no era un estructuralista. Es cierto que incluye en su historia cierta terminología de corte estructural, pero esto es prácticamente todo. El autor se inspira básicamente en los dos autores anteriormente comentados, Brunot y Vossler. Al primero se acerca por sus continuas aseveraciones, al inicio de cada etapa, de que lo social modela el carácter de la lengua; pero ello en realidad no deja de ser una mera declaración de principios, únicamente plasmada claramente -muy en la línea de Brunot- en los apartados que dedica al vocabulario de cada período del francés. La mayor parte de las explicaciones externas al propio sistema de la lengua son del tipo de las que se encuentran en la obra de Vossler, son explicaciones psicologizantes. De hecho la idea central, el hilo conductor de su obra, es mostrar el camino seguido por el francés hasta convertirse en la lengua clara, de carácter intelectual y social que es hoy. Y puesto que la lengua es considerada como el reflejo de la esencia de una nación, todo paralelo de la historia de aquélla con la historia social tiende a poner de relieve cómo esa nación se ha ido haciendo cada vez más reflexiva, más ponderada, más equilibrada entre lo que cede a la libertad individual y lo que sacrifica en aras de un mejor funcionamiento de lo colectivo. Así se deduce de los rasgos que atribuye a cada uno de los períodos históricos establecidos. Se nos dice que la primera época clásica del francés, la del francés antiguo, coincide con el régimen feudal; pero los caracteres morfosintácticos de ese período no se ponen en paralelo con lo feudal, sino, según la idea de Vossler, con el carácter activo y poco reflexivo de los hombres del momento. Todo período posterior será un avance hacia una sociedad y una lengua más reflexivas, más propensas a lo intelectual. Al francés medio, de modo muy poco estructuralista, se le niega una descripción sincrónica por ser considerado como período de transición, como estado de lengua en plena ebullición, reflejo de las turbulencias políticas del XIV y el XV; pero, de nuevo, cuando se trata de explicar hechos morfosintácticos concretos, el motor del cambio se revela ser el avance de las capacidades reflexivas. Éstas se desarrollan sobremanera en el XVI, pero el individualismo propiciado por el humanismo obliga a esperar al XVII para alcanzar el equilibrio clásico que sigue siendo la base del francés actual: el XVII, siglo razonador por excelencia, sabe también, a diferencia del siglo anterior, reprimir lo individual en provecho de lo social. Curiosamente, el XVIII aparece en definitiva, pero sin que Wartburg lo declare explícitamente, como más clásico aún, ya que, tan reflexivo como el siglo anterior, supo además, al enriquecer de nuevo el léxico empobrecido por el XVII, recuperar el equilibrio entre los derechos individuales colectivos en materia de lengua, cuya ruptura a favor de lo social en el XVII justifica Wartburg por una reacción necesaria contra los abusos del XVI. A partir de la segunda edición de la obra, se incorpora un estudio meramente lingüístico del XIX y el XX, es decir, sin ningún tipo de introducción histórica. Las únicas explicaciones de la sincronía actual serán así esta vez más abiertamente psicológicas que para sincronías anteriores. La nación francesa aparece como la más equilibrada en lo político, las más dada a la reflexión y la más consciente de su unidad colectiva. La lengua francesa actual es, desde el XVII, fiel reflejo de esos rasgos: la más clara, la más intelectual y la que favorece más las relaciones sociales. Una comparación continua con el inglés y el alemán sirve para ponerlo de relieve, esta vez no sólo en el plano morfosintáctico, como había sido el caso al estudiar siglos anteriores, sino también en el léxico y el fonético. Al final del libro, Wartburg coincide así plenamente con Vossler en la explicación de todo el sistema lingüístico a través de un solo criterio de base:

la psicología social. Hasta tal punto está Wartburg convencido de estos valores que la adopción del francés por las élites sociales europeas en el XVII y el XVIII queda presentada en función del factor único de su perfección como lengua, sin alusión alguna a factores políticos. Consecuentemente, la predominancia del inglés en el mundo actual es vista como simple ceguera, en esta época de máquinas, de los dirigentes y hombres de negocios, incapaces de apreciar la finura de la lengua francesa.

Dada su visión de cuál es el motor que ha ido perfeccionando al francés a lo largo de la historia, es evidente que Wartburg asimila "nación" a élites sociales e intelectuales de cada momento y "francés" a la variedad de lengua hablada por ellas; según declara el autor, en efecto, las clases populares no son dadas al tipo de reflexividad, de intelectualismo, que constituye la esencia de la nación y de su lengua. De ahí que, al analizar las tendencias del francés popular del siglo XX, Wartburg no pueda menos que extrañarse de que sean las mismas que se han ido manifestando a lo largo de todos los siglos. Quizá por ello, contrariamente a Vossler, no ve de forma pesimista el porvenir del francés: afirma, sin manifestar ningún tipo de añoranza por el francés normativo actual, que la evolución se hará seguramente según las tendencias populares descritas, ya que los cambios empiezan generalmente en el habla de las capas populares y se extienden después a la de las élites sociales. Obviamente no consideraba para nada el papel modelizador que para la evolución del idioma estaban adquiriendo los medios de comunicación, y que en el futuro llegarían a ser determinantes, como en el caso de la televisión.

Cronológicamente, la reflexión fundamental sobre la historia de la lengua francesa continúa con la obra de Cohen. Su historia es fruto de sus cursos sobre la materia impartidos en la Universidad Obrera de París de 1933 a 1938. La obra fue redactada de 1938 a 1939 pero no llegó a publicarse hasta 1947.

*Histoire d'une langue: le français* parte de unos presupuestos ideológicos claramente definidos: los del materialismo dialéctico. No es de extrañar, pues, que la lengua sea definida desde el principio de la obra como un hecho social -como la más universal de las instituciones humanas- y que los distintos estadios de la historia de la lengua sean vistos como estadios sistemáticos diferentes ligados estrechamente a las distintas organizaciones sociales correspondientes. Sin embargo, Cohen repite en su obra que la íntima relación entre lo lingüístico y lo social no debe llevar a buscar un causalismo mecanicista entre devenir histórico y devenir de la lengua. Ese causalismo sólo es afirmado como verdad teórica si se parte de largos períodos históricos; pero, en períodos cortos, las más importantes revoluciones sociales pueden dejar intacto el sistema de la lengua y sólo cambiar el uso que de ella se hace, sobre todo en el nivel léxico, raramente en el fonológico o morfosintáctico (caso, por ejemplo, de la época de la Revolución Francesa). Por ello, aunque la periodización adoptada en su obra se base casi siempre en cambios lingüísticos ligados a transformaciones sociales importantes, el estudio de cada período comienza siempre por unos apartados de historia política, social y cultural que sólo sirven para comprender por qué se dan ciertos usos en ese período; luego, al final del capítulo sobre el período correspondiente, vienen los apartados sobre los cambios del sistema lingüístico, en los que nada se explica automáticamente en relación a los capítulos anteriores (a diferencia de lo que ocurre en la historia de Vossler). Entre unos y otros, se sitúa la historia de cómo el francés ha ido ganando terreno sobre las hablas y *patois* en el interior de Francia y de cómo ha ido eliminando al latín como lengua de la "casta intelectual": es la historia de cómo el francés se ha convertido en gran lengua de civilización por sustitución a otra otra gran lengua de civili-



zación, idea que Cohen presenta expresamente como hilo conductor de su obra. En definitiva, salvo en la terminología empleada y en la ausencia de afán positivista de exhaustividad, la historia de Cohen no difiere en este punto esencialmente de la de Brunot: viene a ser también una "filología sociológica". Ciertamente que Cohen, con postulados sociolingüísticos más acusados, reconoce expresamente que cada estado de lengua es un conjunto de usos diferentes de un sistema común, cada uno de ellos correspondientes a grupos sociales diferentes; pero ello se deja ver también, implícitamente, en Brunot. Los grupos sociales de Cohen son, por lo demás, los mismos que estableció su maestro Meillet; de ahí que las variedades lingüísticas que les corresponden no puedan ser consideradas *lenguas de clase*, concepto que hubiera cabido esperar encontrar en una historia de la lengua de enfoque marxista. Sólo que es precisamente de una teoría marxista bien establecida en lo referente al estudio de la lengua de lo que no dispone Cohen. Más de una vez se tiene la impresión de que ciertos conceptos del materialismo dialéctico, claros y precisos cuando se aplican a la historia general, pierden consistencia aplicados a la historia de la lengua. Así, curiosamente, a la historia político-social del XIX y el XX, cuyos capítulos sobrepasan sobradamente en amplitud a los dedicados a otras épocas históricas y cuya idea de base es que la lucha de clases entre burguesía capitalista y obreros llevará a un triunfo del socialismo, no corresponde en la obra una misma rivalidad en el plano lingüístico; lejos de ello, la historia del francés contemporáneo es la historia de una colaboración, de un acercamiento progresivo entre el francés culto de las clases dominantes y el uso popular del idioma: el culto evita anquilosarse y llegar a ser lengua muerta por la adopción de usos populares, sobre todo léxicos; pero ello no supone el triunfo progresivo del francés popular, ya que la escolarización generalizada extiende cada vez más la variedad culta entre las capas populares de la población. Por lo demás, en ningún momento se encuentra en Cohen -más bien al contrario- una defensa del francés popular paralela a la defensa que hace de las clases que lo hablan: se aprueban las conquistas de parcelas de poder político y económico por las clases populares en detrimento de las pudientes, pero, en lo lingüístico, la conquista consiste en adoptar la variedad culta del francés -patrimonio que hay que conservar- y en olvidar la propia, la popular. Con todo, si la visión de la lengua que tiene Cohen no está muy alejada de la de Brunot, difiere radicalmente de la de Vossler. Para Cohen, las reacciones habidas contra la lengua clásica, al respetar su carácter básico, no han hecho sino salvar al francés culto de convertirse en una lengua únicamente escrita como lo fue la latina. Y, al constatar que los rasgos de habla popular que se siguen mezclando al francés común podrían cambiarlo hasta llevarlo a un estado de lengua diferente, lejos de adoptar una postura catastrofista -expresamente condenada en sus comentarios bibliográficos- se limita a declarar que, con ello, el actual francés moderno simplemente pasaría a ser clásico y el nuevo estado sería el moderno, tal como ya ha ocurrido en varias ocasiones a lo largo de la historia.

Tras la obra de Cohen, la reflexión sobre la historia de la lengua francesa, tal como la hemos entendido y expresada en obras de conjunto, se detiene hasta 1985 con la aparición de la continuación, bajo la dirección de Antoine y Martin, de la *Histoire* realizada por Brunot. Aunque esta obra no abarca lógicamente la totalidad de la historia del francés, retendrá nuestra atención en tanto que continuación además de por su aportación a la historia de la disciplina. En el intervalo han aparecido obras de interés diverso, entre las que destacamos la historia de la lengua culta de François (1959). Las demás aportaciones son sólo manuales universitarios u obras de divulgación entre las que queremos señalar las de Thérive, de 1954 y la de Duché de 1985 por ciertas reflexiones y vistas interesantes sobre la historia del

francés<sup>7</sup>. Por otra parte, es evidente que la evolución de la ciencia lingüística ha producido después de Saussure numerosas corrientes que han dedicado parte de su atención al dominio de la lingüística histórica y al de la evolución del francés, pero en ninguna de éstas se ha elaborado una obra de conjunto, es decir, aplicada a la historia global de la colectividad y de su medio fundamental de expresión.

Debemos, pues, hablar del tomo XIV o del volumen XXIV de la historia de la lengua francesa emprendida por Brunot en 1905 y del proyecto de continuación en el que éste se encuadra.

Gracias al impulso inicial de Gérald Antoine y Robert Martin, un grupo de lingüistas franceses de diversas tendencias se reunió en 1975 para realizar una verdadera continuación de la obra de Brunot desde el imperativo inicial de llegar a un compromiso entre el espíritu fundamental que animó la creación brunotiana -el de la sociología lingüística o filología sociológica- y, por otra parte, las nuevas tendencias de la ciencia lingüística que se habían desarrollado en el intervalo. Aunque fue prevista la necesidad para un futuro de realizar una nueva historia del francés desde los orígenes, la tarea consistía en reemprender el camino desde el francés de principios del XIX, ya que se consideró inapropiada la continuación de Charles Bruneau. Así, el proyecto se concretó en la elaboración de cuatro volúmenes que abarcaran los períodos 1815-1880-1914-1940-1985 y en la decisión de comenzar por el segundo tras realizar una encuesta a este propósito entre investigadores. En 1985 veía, pues, la luz, este volumen realizado por treinta lingüistas, el único de la serie hasta la fecha actual.

Considerando que Brunot no explotó hasta las últimas consecuencias su descubrimiento de una historia de los hechos lingüísticos basada en la influencia de las condiciones socio-históricas que el análisis de los diversos niveles de lengua y creados por el movimiento social sólo levemente fue tenido en cuenta por aquél, Antoine y Martin partieron de la necesidad de establecer una tipología de discursos, de registros de lengua, y en el interior de éstos, de variedades características que respondieran a diversos modelos situacionales y de grupos sociales. Para poder llevar a cabo un estudio basado en estos presupuestos se ha renunciado, lógicamente, a la exhaustividad. Se han elegido dominios considerados como especialmente interesantes desde la perspectiva socio-histórica y lingüística: la lengua popular parisina y el argot, el francés regional, la lengua de la poesía, del teatro, de la filosofía, el léxico del poder, de determinadas ciencias y técnicas, de la moda, de la espiritualidad, etc. Se ha renunciado, por otra parte, a la tentación a delimitar espacios sincrónicos muy breves que hubieran permitido explicaciones sistemáticas pero sin ningún valor. Se estudian micro-sistemas pero siempre intentando mantener la visión histórica fundamental, enmarcada en el período descrito. La descripción de los condicionamientos sociales (culturales, políticos, etc.) que influyen sobre la lengua es una constante en toda la obra pero se ha huido en todo momento de las correlaciones ingenuas tanto como de las sistematizaciones globales simplificadoras. Por último, debemos señalar otro cambio importante respecto a la obra de Brunot, tocante a la división que éste realizaba entre historia externa e interna. En esta continuación, la dicotomía había, lógicamente, de romperse: se trata ahora de estudiar las variedades del francés, tanto dentro como fuera de las fronteras

---

7 Una lista de las principales historias de la lengua del siglo puede encontrarse, con un pequeño comentario a cada obra, en Helgorsky (1981: 140-144).

nacionales. Así, en un mismo capítulo titulado "variedades y difusión del francés" se estudia el argot parisino, el francés de la escuela y el francés de Canadá o de Bélgica.

Hace dos años ha aparecido la última historia de conjunto de la lengua francesa, obra de Picoche y de Marchello-Nizia (1991). La organización de esta obra difiere bastante de la que presentan las que anteriormente hemos comentado. La obra está repartida en dos partes claramente separadas: la primera mitad de la obra la ocupa la historia externa, entendida básicamente como la historia de la extensión territorial del francés; la segunda mitad se dedica a la historia interna, entendida como la evolución del sistema lingüístico desde sus orígenes. No se establecen puentes o relaciones causales entre cada una de estas dos partes. La historia interna del francés busca las causas de la evolución en el juego interno del sistema lingüístico. La historia externa es la de los avances y retrocesos de una gran lengua de comunicación, pocas veces puestos en relación con el estado interno del francés. Los distintos capítulos de estas dos historias no corresponden, como en otras obras, a distintos períodos de la historia del francés. La historia interna se divide en cuatro partes (fonética y ortografía, morfología, sintaxis de la frase y de la enunciación, léxico), y en cada una de ellas la evolución de los distintos subsistemas se estudia, en paralelo, desde sus orígenes hasta hoy, sin intentar reflejar su interpretación en períodos concretos. Los capítulos de la historia externa, por su parte, corresponden respectivamente a la extensión del francés en Francia, en Europa, en los países francófonos fuera de Europa, etc. La principal diferencia de esta historia externa con respecto a todas las anteriores es la atención prestada a la historia reciente del francés fuera de Francia y a su extensión actual en el mundo. De hecho la situación actual del francés ocupa en los capítulos de historia externa tanto lugar o más que el dedicado a la situación anterior al XX. Ello se debe a que la idea central de esta parte del libro es la de que existe una francofonía que, aunque repartida por los cinco continentes, se encuentra amenazada en muchas de sus posiciones. La autora se esfuerza por hacer ver que la única manera de mantener el actual estatus que el francés comparte con unos cuantos idiomas, el de gran lengua de civilización, es defendiendo a fondo esa francofonía con una política lingüística adecuada que evite que el francés se convierta en una simple lengua vernácula enmarcada en un contexto europeo con el inglés como única lengua vehicular.

En el mismo sentido, y a partir de reflexiones de tipo sociolingüístico, va encaminada la innovadora petición (con respecto a otras historias de la lengua) de que se consideren las diferentes variedades territoriales del francés (africanas, canadienses y otras) como una riqueza que conviene admitir y salvar, dentro de una política radicalmente opuesta a la que se siguió antaño con respecto a los *patois* y lenguas regionales.

## 2. Semiótica e historia de la lengua.

El desarrollo -en el marco de un nuevo paradigma científico transdisciplinar- de una Semiótica Transdiscursiva que exceda el marco del estructuralismo immanentista ha de tener importantes consecuencias tanto en los planteamientos teóricos como en las articulaciones metodológicas de la Historia de las lenguas naturales, sin sustituir ni obviar aquellas bases epistemológicas y operativas que han sido constitutivas de tales dominios, y que acabamos de esbozar, a grandes rasgos.

La consideración misma de las lenguas no como entes de existencia real sino como constructos teóricos o simulacros de indagación científica (sistemas más o menos estabilizados

de inferencias simbólicas comunes a una colectividad dada) nos obliga a fijar nuestra atención en el nivel de la *parole*, de los usos discursivos, de la creatividad verbal, más que en hipotéticos códigos (sistemas cerrados) y previamente dados a los usos discursivos. Es cierto que la dicotomía saussureana *langue/parole* es ya en sí misma confusa, infundada y contraria a las prácticas discursivas de todo tiempo y lugar, aunque en su momento supusieron la "posibilidad de una evolución cualitativa de la lingüística (más la sincrónica que la diacrónica; más la lingüística de la *langue* que la de la *parole*). La introducción de la norma como elemento intermedio entre la lengua y el habla no hace sino constatar un complejo proceso en el que las estabilizaciones de uso común a ciertos colectivos permiten, en efecto, las prácticas discursivas.

La introducción de la dimensión *pragmática* (aquella que pone en contacto vehículos sígnicos o instrumentos de mediación con conciencias dotadas de capacidad interpretativa) en el análisis de la semiosis nos obliga a la consideración de aquellos *contextos pertinentes* en los que el intercambio sígnico permite actualizar significados (esto es: conexiones entre vehículos sígnicos e imágenes mentales, *designata*, a través de *interpretantes*).

En muchas ocasiones será el propio vehículo sígnico el que instaure los *designata*, a través del interpretante, tengan o no un correlato inmediato en los *denotata* (así ocurre, por ejemplo, en los usos literarios de las lenguas). En otras ocasiones, la contemplación de objetos fuera-del-lenguaje (*denotata*) llevará a que la identificación de un determinado aspecto o dimensión de ellos mediante un vehículo sígnico haga surgir unos *designata*. Así opera, habitualmente, el aprendizaje ostensivo de las lenguas.

Los estudios de historia de las lenguas más convencionales intentan plantearse la evolución de los sistemas simbólicos abiertos en términos de sucesiones diacrónicas de estados sincrónicos, descartando las "mínimas" (o no tan mínimas) transformaciones que llevan una lengua de un estado a otros, considerado desde el punto de vista fonético-fonológico, morfosintáctico o léxico-semántico, pero rara vez desde la dimensión pragmática que es, precisamente, la que provoca dichas transformaciones. Por ello, el peligro es o tender a considerar (al menos operativamente) las lenguas como realidades mecánicas autosuficientes, cuya evolución viene dada por pautas de desarrollo interno que describíamos a posteriori, o bien destacar la importancia de la influencia de factores económicos, sociales, etc. en la evolución de las lenguas. Un ejemplo de lo primero serían las teorías románticas de las lenguas como correspondientes a un *Volksgeist*; de lo segundo, las teorías próximas al marxismo que consideran las lenguas más como un conjunto de estructuras correspondientes, en su sentido amplio, a un *Zeitgeist*.

La lengua (cada lengua) es un instrumento de amoldamiento de lo real. Transforma lo real-caótico en "mundo", cosmos, organización de experiencias, objetos, valores y sentimientos. Pero, a la vez, es continuamente desplazada por la fuerza social (e individual) de este estar-en-el-mundo. Sufre su transformación no por suerte de una evolución interna o autonomía (por más que así queramos presentar determinadas evoluciones sistémicas), ni tampoco por una presión puramente externa de los objetos, situaciones, cualidades o acciones que representa, sino más bien por evolución de los interpretantes, de los módulos cognitivos y experienciales que asignan un lugar determinado a cada objeto, cualidad, proceso o relación en el mundo. Es eso lo que, fundamentalmente, cambia en la transformación de las lenguas. Porque las lenguas naturales son, precisamente, el lugar en el que se realiza la "ósmosis", el intercambio, entre lo real informe en lo que estamos insertos y la realidad conformada en la que habita (y es habitada nuestra conciencia).

A veces, siguiendo los procesos de las transformaciones idiomáticas tal como nos los presentan los manuales de historia de la lengua al uso, experimentamos la sensación de que

se nos presentan los estados sucesivos de las lenguas como *isotopías*, como espacios equivalentes de figuración fonético-fonológica, morfo-sintáctica o léxico-semántica. Esto es: como sistemas que en diferentes tiempos pero en la misma comunidad idiomática son prácticamente equivalentes. Lo que pedimos al estudioso es que establezca un sistema de identidades, y no un sistema de diferencias. Como si la nueva etapa de la evolución de las lenguas intentara representar la misma porción de *cosmos* (de universo organizado lingüísticamente) en su equivalencia desde un nuevo sistema expresivo. La consideración real de las lenguas y su función humana desmiente radicalmente tal visión. El famoso aserto de Wittgenstein "los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo" tiene extraordinarias consecuencias para la consideración de la evolución histórica de las lenguas: los lenguajes se van transformando y van acotando porciones distintas de mundo. Sólo que -es cierto- hay porciones de este deslizamiento que son prácticamente imperceptibles, y no deja de ser útil operativamente la consideración de estadios sucesivos en los que se aprecie esta distinta acotación de espacios de mundo. Una radicalización de estas reflexiones devuelve a la investigación lingüística su dimensión humana y su naturaleza semiótica salvándola de todo mecanicismo.

Así, una historia de la lengua concebida desde el criterio de identidad (y sucesión de identidades) en cada momento, obvia la percepción de la diferencia que instaura el dinamismo histórico.

Es cierto que el concepto mismo de historia -tan cuestionado en la actualidad-, independientemente del objeto al que se aplique, requiere una caracterización semiótica. Greimas-Courtés, en el DRTL, tras indicar que el término historia es ambiguo y abarca contenidos diferentes, anotan: "1. Se entiende, ante todo, por historia un universo semántico -considerado como objeto de conocimiento- cuya inteligibilidad, postulada *a priori*, se basa en una articulación diacrónica de sus elementos. En este sentido, la historia puede ser considerada como una semiótica-objeto (o como un conjunto de semióticas tomadas antes de su análisis) cuya aproximación está determinada de antemano por ciertos postulados" (1982: 208). En esta definición sobresale el *carácter apriorístico* de toda historia como discurso, ya que en la consideración histórica tiene un lugar central la determinación del discursar mismo. Esto es: la indicación de estados sucesivos, un antes y un después, que introducen un determinado punto de vista. En tal sentido, la consideración de toda historia como relato, no sólo en el sentido de Benveniste, sino en el más complejo de Ricoeur, no será ajena a la historia de la lengua. La historia de una lengua es el relato de sus transformaciones que, con todo le permiten ser idéntica a sí misma, en un marco evolutivo en el que se fijan determinadas inflexiones, en el que se indican -con bastante debilidad- otros condicionantes externos de la evolución, sin tener en cuenta que, en cada momento, cada estado de la lengua es un estado pleno, a la vez en equilibrio y a la vez desequilibrado, por más que nos dé la impresión de que en torno a determinadas fronteras cronológicas determinados fenómenos se precipitan.

Una consideración de la historia de la lengua desde los postulados de la semiótica transdiscursiva ha de tener en cuenta los siguientes planteamientos:

a) Una consideración inferencial de las fases, momentos o estadios del idioma: partimos de discursos concretos para construir modelos hipotéticos y evidenciar ese tejido de inferencias que unen dichos discursos a otros precedentes, a la vez que calibramos el uso que de ellos -o de sus peculiaridades- se realizan en momentos subsiguientes. Se trata, pues, de inferencias básicamente inductivas, aunque constantemente orientadas desde los repertorios mentales previos (que a su vez se modifican).

b) Resulta fundamental la caracterización pragmática -nivel sociolectal- de cada tipo de discurso a fin de no construir simulacros de interpretantes no equivalentes. Es bien sabido que en cada fase de evolución del idioma se superponen rasgos desechados en un determinado nivel, con la pervivencia en el uso en otro nivel. Las consideraciones diacríticas deben marcarse adecuadamente, junto con otras consideraciones diatópicas, para no promover una representación del idioma alejada de la realidad. Pues si toda lengua es, fundamentalmente, un sistema de composiciones, la introducción en un determinado estrato de uso idiomático de rasgos, cualidades o características de otros niveles, desplaza la representación global que de dicho nivel hemos esbozado. Una lengua concebida, por ejemplo, léxicamente en términos de diccionario es algo que no funciona en ninguna mente, en los procesos de producción discursiva.

c) Resulta fundamental calibrar, a la vez que el sistema de equivalencias que en cada fase se establece en relación con las precedentes o subsiguientes, el sistema de rasgos diferenciales, de matices que la evolución del idioma introduce. Pues no se trata, según ya señalamos, de representar con un sistema distinto un universo representativo equivalente, sino más bien todo lo contrario: la evolución del sistema marca matices en la construcción del universo representado (desde la propia lengua en cada momento).

d) Sin embargo, es muy difícil caracterizar un sistema de transformaciones sin apuntar o atenernos a un cierto trasfondo subyacente. La pregunta aquí resulta fundamental: ¿subyace en cada lengua un sistema de representaciones básicas que son respetadas (como constantes) en el proceso evolutivo de variables? ¿será, más bien al contrario, que el fragmento que cada estado de lengua representa en cada momento desplaza la totalidad de su objeto de representación?

Nos encontramos, en estas últimas preguntas, con dos modelos distintos de comprensión y de representación de lo humano, que han de jugar, en todo caso con factores bien diferentes: los que apuntan a la naturaleza imaginaria de los procesos subyacentes al lenguaje (por tanto a toda lengua), y aquellos que subrayan la naturaleza histórica de las situaciones en las que las lenguas se manifiestan. En estos momentos estamos convencidos de que tanto una visión como otra pueden tener mucho de cierto, pero son sin duda incompletas. Ni el esencialismo ni el historicismo explican ni la realidad del hombre ni la de ese instrumento que lo constituye más que ningún otro: la lengua. Sin un sustrato común no sería posible ni hablar de "lo humano" (¿qué es lo humano de todo tiempo y lugar?) ni tampoco sería viable el proceso de traducción, ese viaje desde un universo representativo, desde un mundo, un cosmos, hacia otro. Pero ese sustrato común es inseparable de su interpretación y de su configuración histórica: es fruto de la temporalidad constitutiva de lo humano.

En líneas generales, para aquellos que se pregunten qué ventajas aporta una contemplación teórica como la que acabamos apenas de esbozar para el estudio de la historia de las lenguas, habremos de remitir a los desarrollos metodológicos y a los resultados que esta semiótica parcial y aplicada nos vaya presentando en el futuro. Aunque entendemos que se trata de un empeño que hay que acometer con toda seriedad.

Por el momento nos parece muy interesante que tengamos en cuenta una metáfora en términos de formulación matemática: hasta ahora las operaciones evolutivas concretas de las lenguas han podido ser (relativamente) bien descritas explicadas a través de fórmulas que consideraban un número determinado de variables. Estas fórmulas se nos presentan como insuficientes para explicar los fenómenos de evolución lingüística de la actualidad, que evidentemente quedan sometidos a otras reglas de interacción discursiva como consecuencia,

muy especialmente, de una comunicación generalizada. Y en este trance descubrimos que a la fórmula más o menos útil hasta el momento le faltaba un "índice multiplicador" variable. Este "índice multiplicador" es, precisamente, el motor mismo de la evolución lingüística: las inferencias mentales de transdiscursivización. Hasta ahora el valor del índice se aproximaba a 1, y por ello no era perceptible su presencia: era transparente. El universo de interferencias discursivas se encontraba, hasta nuestro siglo, bastante estabilizado y hasta cierto punto era abarcable, al menos desde ciertos colectivos o comunidades interpretantes. Pero, a lo largo del siglo XX, se nos ha mostrado su progresiva aceleración, y su incremento de valor, por lo que hay que tenerlo muy especialmente en cuenta. La introducción de este "índice de transdiscursivización" en el análisis de los procesos evolutivos de las lenguas ha de ser convenientemente matizado, y diferencialmente estimado para cada uno de los niveles que constituyen la articulación de una lengua. Por ello, posiblemente, la semiótica transdiscursiva aplicada al análisis de fenómenos evolutivos de las lenguas en el pasado no planteará excesivas diferencias con los resultados que hasta ahora nos ofrece la más rigurosa investigación filológica tradicional. Aunque evidenciará un factor que ha estado ahí presente, aunque de forma menos operativa que en la actualidad. Pero, evidentemente, nos hará comprender mejor ese entretrejerse "horizontal", a través de la temporalidad inherente a todo fenómeno lingüístico, además del entretrejerse horizontal, en relación con un pretendido dispositivo de generación de discursos. Sólo de este modo podrán calibrarse fenómenos como la introducción de semantemas nuevos o de uso nuevo de semantemas ya existentes, por proyección otros espacios de significación, desde los usos discursivos. Sólo así podemos captar ciertos fenómenos de matización fonética, como consecuencia del prestigio atribuido a los usos discursivos en determinados contextos. Sólo de este modo podremos captar el complejo proceso de interferencias discursivas en un idioma de otros idiomas -muy especialmente el inglés-, que constituyen incrustaciones de una lengua en otra (si consideramos sistémicamente el proceso) o, simplemente, un conjunto de estabilizaciones en usos discursivos, si consideramos el fenómeno desde la semiótica de la transdiscursividad. Y, sin lugar a dudas, teniendo en cuenta la complejidad y la heterogeneidad social. En la actualidad las comunidades interpretantes no son cerradas ni estables, sino que están claramente funcionalizadas. Un mismo individuo puede pertenecer a diferentes ámbitos o comunidades interpretantes, según el aspecto concreto que a ellas les vincule. El mundo, el espacio vital, ha roto su homogeneidad. Ya no nos basta -aunque sigue siendo fundamental- considerar lo diastrático, lo diatópico y lo diacrónico. Todo ello se entretreje en colectivos y experiencias discursivas radicalmente distintas. Bajo el signo de Babel la percepción del idioma ha de ser, necesariamente distinta que desde la unidad y la identidad.

Las nuevas reflexiones sobre la historia de cualquier idioma, si no queremos desvirtuar la complejidad de la realidad que construimos, habrán de tener todos estos problemas -entre otros- en consideración.

## Bibliografía

- ANTOINE, G. y MARTIN, R. (1985), (Directores. Continuadores de BRUNOT (1966-791), *Histoire de la langue française (1880-1014)*, Paris, CNRS.
- ANTOINE, G. (1981), "L'histoire de la langue. Problèmes et méthodes", *Le français moderne*, a. 49, n° 2, pp. 145-160.

- BRUNEAU, Ch. (1966-68), (1ª ed. 1948 y 1953), (continuador de BRUNOT 1966-79), *Histoire de la langue française des origines à nos jours*, vols. XII-XIII, París, Armand Colin.
- BRUNOT, F. y BRUNEAU, Ch. (1969), (1ª ed. BRUNOT, 1887), *Précis de grammaire historique*, París, Masson.
- BRUNOT, F., et al. (1966-1979), (1ª ed. 1905-1959) *Histoire de la langue française des origines à nos jours*, 11 t., París, Armand Colin.
- COHEN, M. (1973), (1ª ed. 1947), *Histoire d'une langue: le français*, París, Éditions Sociales.
- DARMESTETER, A. (1890-1897), *Cours de grammaire historique de la langue française*, 4 vols., París, Delagrave.
- DAUZAT, A., (1930), *Histoire de la langue française*, París, Payot.
- FRANÇOIS, A. (1959), *Histoire de la langue française cultivée des origines à nos jours*, Genève, A. Jullien.
- HELGORSKY, F. (1981), *Le français moderne*, año 49, nº 2, pp. 119-144.
- MEYER-LÜBKE, W. (1890-1902), *Grammatik der romanischen Sprachen*, 4 vols., Leipzig, O. Reisland.
- (1918-1921), *Historische Grammatik der französischen Sprache*, 2 vols., Heidelberg, Carl Winter.
- NYROP, K. (1930-1968), (1ª ed. 1899-1930), *Grammaire historique de la langue française*, Copenhague, Glydendal.
- PICOCHÉ, J. y MARCHELLO-NIZIA, Chr. (1991), *Histoire de la langue française*, París, Nathan.
- SAUSSURE, F. de (1980), (1ª ed. 1916), *Curso de lingüística general*, Madrid, Akal.
- STÉFANINI, J. (1971), "Sur la grammaire historique du français", *Langue française* 10, pp. 7-30.
- THÉRIVE, A., (1954), *Libre histoire de la langue française*, París, Stock.
- VOSSLER, K., (1929), *Frankreichs Kultur und Sprache. Geschichte der französischen Schriftsprache von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Heidelberg, C. Winter. Traducido al francés, (1953), *Langue et culture de la France. Histoire du français littéraire des origines à nos jours*, París, Payot.
- WARTBURG, W. von (1971), (1ª ed. 1934), *Évolution et structure de la langue française*, Berne, Francke.
- YLLERA, A., (1983), "Lingüística histórica", en A.A.V.V., *Introducción a la lingüística*, Madrid, Alhambra, pp. 345-388.